

EN FRANCIA

DEL RÉGIMEN CENTRAL AL RÉGIMEN FEDERAL

“Le pouvoir fédéral, qui est ici pouvoir central, organe de la grande collectivité, ne peut plus absorber les libertés individuelles, corporatives et locales, qui lui sont antérieures, puisqu’elles seules le soutiennent; qui de plus, par la constitution qu’elles lui ont donnée et par la leur propre, lui restent supérieures”.

P. J. PROUDHON

Demasiados pensadores ilustres, demasiados pensadores geniales — Montesquieu a la cabeza — nos han elogiado la excelencia del régimen federal para que nosotros estemos tentados de emitir una duda sobre sus aserciones, a las que primeramente será consagrada una gran parte de nuestro trabajo. En tales condiciones, ¿por qué, pues, se está aun, en este terreno, en una era de discusiones y de controversia, sin que sea posible prever, con alguna prudencia, el momento de las realizaciones?

Proudhon nos lo explica en estos términos: “*Durante largos siglos, la idea federalista parece velada y mantenida en reserva: la causa de este aplazamiento está en la incapacidad original de las naciones y en la necesidad de formarlas con una ruda disciplina. Ahora bien, tal es el papel que, por una especie de consejo soberano parece haber sido atribuido al sistema unitario*”.

Así, el federalismo es un progreso y todo progreso se paga; cuál el cielo de los cristianos, hay que merecerlo por actos. El rescate del individuo se encuentra en todas las formas del esfuerzo y del sufrimiento; el rescate de las colectividades se denomina especialmente: involuación.

“... Romped el huevo antes del día fijado por la naturaleza para la eclosión del animal — nos dice Proudhon — y no obtendréis más que un aborto; matad el pájaro antes de la puesta y no tendréis pollada; dad al niño ideas y gustos que no sean los de su edad y no haréis de él sino un sujeto depravado. Luego, toda doctrina social que no pueda probar su filiación directa y legítima con el sistema en vigor, es por solo esto una doctrina falsa y de antemano condenada; toda tentativa prematura de reforma es un asesinato”.

De donde sacamos este comentario: para hacer una revolución que no sea una guerra civil, un acto en que la obligación brutal y la muerte reemplacen a los medios de persuasión, es indispensable no solamente que las fechorías del régimen incriminado, llegados a su apogeo, hayan tomado proporciones insostenibles, sino, además, que una parte de la opinión pública se muestre favorable a la transformación proyectada; que la otra, la mayor, sea susceptible de encararla sin aversión o prevención, por el temor de un trastorno de sus quietos hábitos, y sobre todo, en fin, que los organismos de reemplazo existan con una innegable virtualidad.

Que el régimen unitario fortificado por el centralismo se haya vuelto insostenible — y por su camino hacia adelante, hacia un estatismo completo, está llamado, si no se lo impide, a serlo más aun — es lo que vamos a establecer por una elección variada de citas características; en cuanto a las otras condiciones de éxito revolucionario, notemos que ellas son llenadas a la vez:

por la formación, sea en París, sea en las provincias, de agrupaciones de política descentralizadora, de las que algunas — las más moderadas — se relacionan con la *Federación Regionalista Francesa* (F. R. F.), con sede en París todas las otras, salvo una o dos que por táctica más que por convicción reclaman su autonomía completa, todas las otras, digo, se inspiran, al menos en sus grandes lineamientos, en la doctrina proudhoniana, tal como la presenta “La Fédéraliste”, cuya creación remonta a 1921.

por el producto de un martirologio quasi secular del proletariado: el movimiento sindical, esperanza de un orden y de un mundo nuevos en los cuales ya no será permitido a lo individual,

esclavizar lo colectivo más que a lo colectivo ahogar lo individual, en nombre de una monstruosa "Razón de Estado".

Pero, ¿olvidaremos nosotros lo esencial? — el atavismo libertario, atavismo irrecusable por lo que nos concierne, pudiendo resumirse la historia de la Francia dinástica por una lucha nunca interrumpida del pueblo por sus libertades provinciales, contra las usurpaciones de la realeza, (1) hasta que el triunfo del sistema unitario estuvo, bajo la amenaza de las potencias extanjeras, coaligadas más bien contra la Revolución que contra los regicidas, lo bastante sólidamente asegurada como para dar la ilusión de la más larga perennidad?

Estaba, pues, escrito que la revolución, comenzaba bajo los auspicios de la libertad, servida en esto por el recuerdo de las viejas franquicias provinciales para la redacción de los inmortales *Cuadernos* en que, en cada comuna, nuestros padres, colocándose bien por encima de nosotros, realizaron un acto de dignidad y de inteligencia política del que nuestros ediles serían actualmente incapaces, terminaría en el aniquilamiento, en su fuente, de todo espíritu de iniciativa, de espontaneidad, de originalidad.

Sorpresa del destino que hizo de los herederos de una necesidad provisoria (de hecho, la dictadura de París) los sostenedores de un modo anacrónico de gobierno.

Este pensamiento lo encuentro en "La Province" (*Ce qu'elle est, ce qu'elle devrait être*) libro fundamental de un autor verosímilmente bien ignorado hoy: Elías Regnault: "Que la provincia no se deje ya persuadir de que reclamando su lugar en la vida común ofende las tradiciones de la Revolución. Pues es la monarquía quien le ha quitado sus libertades, que la Revolución quería devolverle, que el Imperio ha ahogado". Lo cual hace decir a Tocqueville: "La única porción de la política del antiguo régimen que ha sobrevivido es la centralización, este gran pensamiento de la monarquía".

Si estamos aún, después del absolutismo imperial, en la autoridad larvada de una república parlamentaria, esto no significa que la revolución se haya dado por vencida; tiene ella sus grandes y sus pequeñas etapas, de las que cada una, por la desaparición

ción progresiva de los principios envejecidos, ha visto reducirse los obstáculos acumulados delante de ella. Permítasenos, pues, ser optimistas viéndola muy próxima al fin luminoso marcado por la conquista de nuestras libertades.

* *

*

Estamos dispuestos a reconocer que, lo más a menudo, “definir es traicionar”; sin embargo, pensamos que algunas breves notas terminológicas sobre el valor representativo del federalismo, del sistema unitario, de la centralización son en esta circunstancia indispensables.

Personalmente, definimos el federalismo así: armonía de las diversidades en su cuadro original, expansión ilimitada del interior al exterior por el juego de las libres convenciones, convenciones sancionadas por contrato.

La definición que sigue, más apropiada a nuestro objeto, es de Ch. V. Langlois y figura en el artículo *federalismo* de la *Grande Encyclopedie*: “*El federalismo concilia los dos excelentes principios de la unidad nacional y de la independencia de los grupos históricos vivos*”.

El sistema unitario es lo contrario del federalismo; es la repudiación — a hierro y fuego — de la independencia de los grupos, o provincias o regiones. La Francia de la Realeza, como la Francia de la democracia — quien nos dirá etnológicamente, históricamente, psíquicamente, sus límites y sus datos respectivos — es “*Una e Indivisible*”, divisa que no corresponde, no más formalmente que efectivamente, a una garantía de unidad.

Por lo que se refiere a la centralización, vamos a extenderla sobre las parrillas de la crítica y tendremos una definición por antinomia.

En uno de los primeros y muy preciosos números de “Feu”, se lee esta magistral declaración redaccional: “*Haremos política. Ningún gobierno en lo sucesivo, si cada provincia lo quiere, podrá ignorar la opinión regionalista. Esta sabrá dictar a sus representantes sus deberes. Para nosotros, denunciando los engaños, apar-*

tando al pueblo tanto como podamos de esas luchas vanas cuyas combinaciones de grupos y de carteras sueldan, lejos de aquí, las apuestas, le iniciaremos en la política real, en la política de la tierra y del suelo”.

Del mismo número, he aquí un extracto, de lo más representativo, de una declaración que lleva las firmas de Emile Sicard, Joseph d'Arbaud, Fernand Gauzy: “*De tanto en tanto (desde el impulso federalista de 1789) se advierte un reflejo de liberación: República, Socialismo, Boulangismo, Nacionalismo, Sindicalismo* (2). *Todos estos esfuerzos han fracasado o degenerado porque no fueron más que percepciones fragmentarias del devenir social. El brazo queda dudando mientras que el cerebro está oscurecido; de nada sirve el querer obrar si no se está de acuerdo acerca del objeto a alcanzar; el cual no aparecerá más que en la síntesis de los métodos intelectuales, políticos y sociales propios para fundir los sentimientos y los intereses.*

“*La adopción de una doctrina federalista, es decir, de autonomías territoriales y corporativas, tiene, pues, su justificación en los males de nuestra organización misma. La reconstrucción del país en grupos siempre solidarios pero autónomos y diferenciados es el deber urgente. Estos organismos vivos y competentes descargan al Estado de todo lo que él es incapaz de hacer, es decir, de la casi totalidad de sus atribuciones presentes. Enorme burocracia de Estado, universal despotismo parlamentario, dominio corruptivo de la finanza internacional, todo esto desaparecerá.*

“*Asimismo, nuestra doctrina federalista será más bien una disciplina intelectual y sentimental que un programa de reformas políticas y sociales. Antes que polvernos a las masas electorales, es a la élite del pensamiento francés a quien nos es preciso persuadir*”.

Hoy no se trata de persuasión sino de coordinación. Estimamos que este resultado no puede ya más ser aplazado, pues sería una vergüenza para la élite que la hierba mala del egoísmo parasitario llegase por largo tiempo aún a ahogar una semilla que algunos precursores arrojaron abundantemente a todos los vientos de la inteligencia y que resume este extracto de una carta de Federi-

co Mistral a M. B. Wyss (1865): *“Mi sueño político es el Estado federal aplicado a Francia, con las modificaciones que comportan las costumbres y los progresos modernos... Si el corazón de nuestros valientes amigos los felibres hubiese latido al unísono con el mío, habríamos preparado, acelerado el movimiento federalista que está en el porvenir. No es que yo tengo la idea tonta de soñar una separación con Francia: los tiempos futuros son propicios a la unión y no a la separación; pero también, y sobre todo, lo son a la libertad, a la libertad de las razas, de las ciudades, de los individuos, en la armonía”*.

A los nombres ya citados, agreguemos Rousseau, Augusto Comte, Armand Carrel, de Tracy, Gustave Chaudey, Xavier de Ricard, Odilon Barot, Eugene Pelletan, Jules Simon — de quien tendremos que volver a hablar — Berluc-Pérussis, Beauquier, Charles Longuet, Georges Renard, Eduardo Berth, Pelleutier, el gran animador de las Bolsas de Trabajo, Clemenceau, Dr. Ferreu, Deherme, Maurice Bertrand: *“El rodillo de la uniformidad no había hecho aun en la Francia una gran superficie plana”*. Taine: *“centralización, falta de iniciativa local e individual, he aquí el mal”*. Alexis Tocqueville: *“Es para unir las ventajas diversas que resultan de la grandeza y de la pequeñez de las naciones para lo que fué creado el sistema federativo... En las grandes naciones centralizadas, el legislador está obligado a dar a las leyes un carácter uniforme que la diversidad de los lugares y las costumbres no comporta; no estando instruído de los casos particulares, no quiere proceder más que por reglas generales; los hombres están obligados a plegarse entonces a las necesidades de la legislación, pues la legislación no cabe acomodarse a las necesidades y a las costumbres de los hombres, lo cual es causa de perturbación y de miseria. Este inconveniente no existe en las confederaciones; el congreso regla los principales actos de la existencia social; todo el detalle es abandonado a las legislaciones provinciales”*. *“No podría uno figurarse hasta qué punto la división de la soberanía sirve al bienestar de cada uno de los Estados de que se compone la Unión. Siempre que en estas pequeñas sociedades no preocupe el cuidado de defenderse o de engrandecerse, todo el poder público y toda la energía in-*

dividual estarán vueltas al mejoramiento interior". Maurice Barrès: "En la organización actual, el poder central está revestido de todos los derechos, y las atribuciones de las asambleas locales están limitadas por la ley; soñaríamos, por el contrario, que las asambleas locales poseyesen todos los derechos y la asamblea central solamente aquellos que le serían delegados por el Estatuto constitucional". Tournalon: "Por miedo o temor a la libertad se ha creado el dios Estado, se ha confundido Estado con Patria, se han debilitado, corrompido, triturado los elementos variados de la nación, reducido a masa homogénea pero inerte, a un organismo llamado a crecer, a florecer, a fructificar; se ha conseguido la sacrosanta centralización, la cual nos matará si no se la mata". Para Paul Deschanel, "la verdadera escuela de self-governement en todos los pueblos libres es la comuna". Para Foncin: "La verdadera tradición nacional de Francia es el federalismo. La monarquía ha falseado la dirección natural de nuestro genio". En fin, en este orden de ideas, Charles Brun es el autor de un libro, "Le Regionalisme", que ningún hombre político debiera ignorar.

Pero, ¡de cuántos olvidos nos hemos hecho culpables! "Con la centralización tenéis la apoplejía en el centro y la parálisis en las extremidades". (Lamennais) "No hay ejemplo en la historia de un estado unitario y centralizado que decrete su división... Tal división se realizaría el día en que Francia sea puesta más bajo aún de lo que ha sido por la guerra de 1870 y la Comuna jamás se hará por medida legal. Un poder, organizado no cede más que lo que se le arranca".

Por estas palabras de Renan no nos dejaremos arrastrar a una digresión sobre la Comuna; pero se comprenderá el asentimiento que nos anima puesto que, del examen de la situación presente, trataremos de demostrar que sería posible evitar la horrible tragedia de una nueva Comuna, obrando siempre para el mayor bien de Francia y de Europa, que no dejaría de inspirarse en nuestro ejemplo.

Y sin embargo, parece que fuera el escepticismo de Renan el que acierta sobre todos los optimismos.

Ya en el libro “La Province”, fechado en 1861, leemos: “*Un hecho digno de nota es que, desde hace cuarenta años, le poder ministerial ha pertenecido constantemente a hombres de provincia, que siempre han sido los más obstinados adversarios de la emancipación provincial*”.

Ahora, de lo que sigue gustad toda la sal: “*Los principales directores de nuestros destinos nos han venido casi todos de los bordes del Garona y del Ródano*” (3).

El autor prosigue dándonos el porqué de esta conducta: “*Maestros en los sufragios, orgullosos de dominar en este vasto medio que ellos llenan con el ruido de sus elocuentes querellas, no les pertenece aminorarlo en provecho de provincias a las cuales ellos han dicho adiós; y a cada ataque que se realiza contra la centralización, estos hijos ingratos de la provincia son los primeros en la brecha como si se tratase de rechazar una invasión de los bárbaros. Por lo demás, la táctica de los partidarios del absolutismo consiste sobre todo en hacer la confusión entre la unidad y la centralización*”.

Así, pues, son miserables satisfacciones de ambición y de orgullo las que hacen que estos señores se asgan al poder, teniendo por excelente un sistema que les asegura un ejército de funcionarios electores. Sería por las mismas razones de interés personal y de compañerismo que, desde hace algunos años, el refrán tradicional sobre la descentralización, desaparecido de las declaraciones ministeriales, está reemplazado, en el espíritu de nuestros dirigentes por un tenaz deseo de represión. Regionalistas — ¡los pobres! — y federalistas, tendrán bien pronto, tal como se les han amenazado, los honores de la “*correctionnelle*” mientras que bajo el Imperio, el polemista sin miedo que era Proudhon fué absuelto en “*cour d’assises*”. Nosotros no nos asombraríamos mucho por esto.

El parti-pris de resistencia a toda reforma profunda es evidente.

Lo hemos visto bien a propósito de la Alsacia y de la Lorena ante el problema que planteaba la reanexión. La razón, a despecho de una aparente lógica ¿no ordenaba asir esta ocasión excepcional de una experiencia de descentralización para Francia entera? Ahora bien, es por la operación contraria por lo que se deci-

dió y más tarde, empíricamente, la solución sigue quedando pendiente, al menos parcialmente.

Pero ¿en qué consistirá al final esta experiencia que, según la opinión de los regionalistas más moderados, hubiese sido prudente realizar?

Quedaba entendido que hablaríamos de Jules Simon. Es él quien va a darnos la respuesta: “*No se trata de tocar, por otra parte, los tres puntos cardinales de la política, el código, el ejército, el tesoro. Pongamos al abrigo estos tres instrumentos de la unidad y la fuerza de Francia. Con un código único, un ejército regular y recursos financieros reunidos bajo la mano del poder central, seremos siempre un mismo pueblo y podremos dejar a los habitantes de una circunscripción departamental repartir sus impuestos, administrar sus propiedades, hacer sus caminos, gobernar, en una palabra, sus negocios locales, que ellos solo conocen y en los cuales están más directamente interesados... Para hacer buenas leyes y grandes cosas, para mantener su rango en Europa, el gobierno no tiene necesidad de esclavizarnos*”.

Discurso y programa: el uno y el otro están lejos de satisfacerme. Esta elocuencia parlamentaria de un jacobino que se atenea, de un chauvinista que se expande, de un orador naturalmente más cómodo en la oposición que en la ejecución, no me ilusiona. En este programa que *pone al abrigo* el tesoro, por ejemplo, esta piedra angular de la acción, discernio sin indulgencia el hallazgo de un oportunista pleiteando por una política del *Jardín del Plantes* en que el oso, en su fosa, está libre de cadenas, pero no está menos prisionero.

Este programa, notoriamente insuficiente aun para una época en que la clase obrera no había dado aun más que una advertencia; en que campesinos y artesanos estaban desorganizados, no sería más que una irrisión para la nuestra que, bajo una cristalización de las necesidades consecutivas a los progresos realizados en todas las ramas de la actividad: agrícola, comercial, industrial, científica, artística, nos ha conducido a la formación del *Consejo Nacional Económico*, ese organismo capital del porvenir, para quien los elogios gubernamentales no pueden reemplazar los poderes de ejecución que el mismo gobierno se guarda bien de reconocerle.

Así, pues, he dado este extracto a título de indicación de lo que podría ser un método progresivo o de transmisión, pero bajo el signo de la buena voluntad, dirigida hacia un objeto claramente, honradamente determinado, con exclusión de toda segunda intención; de todo fingimiento, de esos medios; en fin, que han reducido a tan poca cosa el beneficio de los supuestos proyectos de mejora, semi-medidas o falsas maniobras cuyo resultado consistió en trabar la reforma antes que servirla, impidiendo el desarrollo de las iniciativas particulares, dicho de otro modo, del regionalismo espontáneo.

¿Cuánto tiempo durará esta resistencia de los poderes públicos, puesto que, según la palabra de Renan, diputados y senadores no se decidirán jamás por el suicidio?

¡Qué lástima! ¡La perspectiva no es alegre! Pero, digámoslo nosotros, no en vano se habrá hecho oír la voz poderosa de Proudhon en favor de un método, el único que sea revolucionario en sus fines.

Así es como en él colocamos nuestras esperanzas de la renovación pacífica. Salvo si se considera, como lo enseña aun Proudhon, que la solución, en lugar de ser encarada desde el punto de vista de la religión: *fe - autoridad*, debe serlo en la adopción de un punto de partida simplemente humano: *ciencia - demostración*, que, por el reconocimiento de este principio liminar: *respeto del hombre por el hombre*, nos conduciría al descubrimiento de un mundo nuevo, siempre entrevisto, jamás alcanzado... en que la justicia sería immanente.

En todo caso, de todo lo que precede nos será dado realizar esta comprobación: el federalismo no es una novedad; que hay fiadores ilustres y numerosos; que es una realidad para ciertos países, donde está a la base de las instituciones, cuando no es la constitución misma; que, en fin, la Francia espiritual — que no hay que confundir con la Francia gubernamental o jacobina — está mundialmente a la cabeza del progreso en que la ha colocado la Revolución del 89, en que la han mantenido las obras geniales de Proudhon. Pues a este pensador glorioso vuelve incontestablemente la gloria de haber hecho de lo que no era más que intuición, tanteos, ensayos fragmentarios o experiencias felices, del fe-

deralismo, en una palabra, un cuerpo sólido de doctrina; de haberla codificado, en un relámpago de genio, con una precisión, con una amplitud realmente imperfectibles. A tal punto que el prudonismo se convertirá en el régimen del porvenir, puesto que en él se conjugan estos dos conceptos de una maravillosa simplicidad: la conciencia del hombre como hogar de lo divino, en el orden espiritual, y en el orden material, el ejercicio de las libertades individuales para la solución del problema de la subsistencia, expresión de la que él nos da de este modo la fórmula: "El gobierno de los hombres deberá dar lugar a la administración de las cosas".

EUGENE POITEVIN

(Director de "Le Fédéraliste")

(Traducción de A. W.)

-
- (1) Anteriormente lucha de los siervos contra los feudales.
 - (2) El sindicalismo "reformista", por cierto. En cuanto al sindicalismo de antes de la guerra que se inspira en la "Charte d'Amiens" o sindicalismo revolucionario, sigue siendo uno de los elementos indispensables de una constitución con régimen federal.
 - (3) Y sigue siendo así.